

Letrillas

• Miguel, uno de los personajes de *Te prometo anarquía*.

CINE

Las ciudades invisibles de Hernández Cordón

E

FERNANDA SOLÓRZANO

En 2008 películas latinoamericanas notables concursaron en la sección Horizontes Latinos del Festival de San Sebastián. Por ejemplo: *Tony Manero*, el brillante debut del chileno Pablo Larraín; *Intimidaciones de Shakespeare y Víctor Hugo y Parque Vía*, sólidas óperas primas de los mexicanos Yulene Olaizola y Enrique Rivero; *Leonera*, de lo mejor del argentino Pablo Trapero, y *La vida loca* —un documental sobre las maras salvadoreñas tan íntimo que causó que su director, Christian Poveda, fuera asesinado un año después.

Son títulos que se cuentan entre lo mejor de este siglo. Aun así, me cuesta reconstruir la experiencia de verlas allá por primera vez. En cambio, guardo

un recuerdo claro de la irritación que me causaba no descifrar fácilmente los diálogos y situaciones de una película guatemalteca que también competía. Su nombre era *Gasolina* y narraba las aventuras nocturnas y semidelictivas de tres adolescentes de ese país. La cámara registraba las acciones de los chicos desde una distancia que obligaba al espectador a preguntarse qué diálogos pasaba. Y era una película literalmente oscura. Nada de reflectores para iluminar lo que debía suceder en la oscuridad. La sensación de ver *Gasolina* era la de atestiguar un delito desde una ventana: mezcla de curiosidad y angustia, y la certeza de que era mejor permanecer a distancia. *Gasolina* obtendría el premio Horizontes Latinos, venciendo a rivales en apariencia mejor logradas. Era fácil ver por qué: a pesar de sus pocos recursos, unos cuantos personajes y una línea de acción mínima, la cinta era una ventana a

la Guatemala contemporánea, plagada de problemas pero con un instinto vital rabioso. Esto último aplicaba al propio director, Julio Hernández Cordón, que había filmado una película energética y autosuficiente a pesar de que en Guatemala no existe industria de cine. La siguiente película de Hernández Cordón sería casi una puesta en escena de esa voluntad creativa. Dedicada a “quienes tienen proyectos imposibles en un país como Guatemala”, *Las marimbas del infierno* (2010) es la historia un hombre extorsionado por la mafia que esconde a su familia y se hace acompañar solo de su marimba, con la que intenta ganarse la vida. La apatía de la gente hacia un instrumento “antiguado” lleva a don Alfonso a aliarse con un pionero del heavy metal en Guatemala, con quien crea el grupo musical que da nombre a la cinta. Tan peculiar como la anécdota es el hecho de que los personajes son interpretados por sus modelos reales. *Las marimbas del infierno* comienza con un segmento documental filmado tres años antes, en el que don Alfonso describe la extorsión de las pandillas y luego rompe en llanto apoyado sobre su marimba. Este le pidió al director no avanzar con el documental pero accedió después a

interpretarse a sí mismo en una versión ficcionada. Fiel a su origen documental, *Las marimbas del infierno* se filmó sin seguir un guion rígido. Y, al igual que en *Gasolina*, los encuadres no buscan enmarcar a los personajes: son simples ventanas que permiten al espectador asomarse a una realidad que ya existía antes que él.

Te prometo anarquía es la película más reciente de Hernández Córdón. Aunque tuvo un presupuesto mucho mayor que el de sus primeras ficciones, conserva intacta la sensibilidad marginal del director: su atracción por las subculturas y por los vínculos que se forjan en ellas. Es también su primera película producida en México, donde vive desde hace unos años. Su nacionalidad mexicana, sin embargo, no es reciente ni un estado meramente legal: su abuelo paterno es un guatemalteco exiliado en México. Ya que el director nació en Carolina del Norte, mientras su padre estudiaba allá, fue registrado como mexicano, guatemalteco (y, por nacimiento, estadounidense).

También es una nacionalidad de tipo vivencial. En un ensayo publicado en el diario guatemalteco *Plaza Pública*, Hernández Córdón narra anécdotas de una adolescencia transcurrida entre Guatemala y México. No es que solo un director mexicano sea capaz de hacer crónicas *defeñas* verosímiles, pero la experiencia de primera mano de Hernández Córdón explica la autenticidad que transpira *Te prometo anarquía*: una historia centrada en un par de *skaters* o *patinetos* —Johnny (Eduardo Eliseo Martínez) y Miguel (Diego Calva)— que colaboran con traficantes de sangre. Ellos mismos venden su sangre y convencen a sus conocidos de hacerlo. Todo se complica el día en que aceptan reunir a cincuenta vendedores e intentan cerrar el trato con los jefes máximos del negocio: narcotraficantes que no se conforman con los litros de sangre pactados.

La anécdota de la operación malograda es solo un vehículo para explorar los matices de la relación entre Johnny y Miguel. De estratos sociales distin-

tos —el primero es hijo de la empleada doméstica del segundo—, los jóvenes sostienen una relación homosexual, compartida con la novia de Johnny. Varias escenas dejan claro que Miguel está más involucrado en la relación; sus frecuentes arranques de celos tienen sin cuidado a Johnny y anticipan la verdadera tragedia de la película: una separación amorosa en la que solo uno de los amantes queda marcado por el recuerdo del otro. El eje sentimental del relato se refuerza con un *sound-track* magnífico. Hernández Córdón es el supervisor musical de su propia película, y con razón: en su ensayo autobiográfico y en varias entrevistas ha revelado una melomanía cultivada y ecléctica.

Que el amor imposible entre *skaters* tenga más peso narrativo que el secuestro de cincuenta personas sonará a algunos a herejía. Sin embargo, es la reiteración del subtexto en la trilogía de aventuras urbanas del director: los vínculos entre personajes trascienden sus circunstancias. Esto no significa que trivialice temas *duros*. Si acaso, lo contrario: la duda sobre el destino de los cincuenta desaparecidos abre la puerta a imaginar escenarios de pesadilla (por ejemplo, tráfico de órganos al mayoreo).

Te prometo anarquía es la mejor película mexicana de 2015. Que no haya sido siquiera nominada en ese rubro en la pasada entrega de los Arieles causó desconcierto en muchos. La exclusión, sin embargo, puede entenderse como una reiteración en clave de sus virtudes. Al igual que otras películas convencionalmente “mexicanas”, su trama visita rincones oscuros del México urbano contemporáneo. Pero, a diferencia de estas, evita estancarse en ellos. Su punto de vista, amoral y esquivo, imita la compulsión de sus personajes por deslizarse. No es que esto los ponga a salvo: no importa adónde lleguen, la nostalgia los ha de alcanzar. —

FERNANDA SOLÓRZANO es ensayista. Participa en el programa radiofónico *Atando cabos* y mantiene en *Letras Libres* la videocolumna *Cine aparte*.

PENSAMIENTO

Fábricas del sinsentido



JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

o es fácil ser conservador, se queja Roger Scruton en un artículo de hace un par de años en *The Guardian*. El conservador carga la fama de estúpido que le colgó

alguna vez John Stuart Mill. Los conservadores, aceptaba Scruton, no estamos acostumbrados a pensar mucho. Pero no por las razones que imaginaba Mill, sino porque estamos convencidos de que el buen gobierno no debe ajustarse a una elaborada y compleja teoría de la justicia o de la igualdad sino que ha de acomodarse a la circunstancia. Para un conservador la política supone, ante todo, adhesión a la comunidad, a la historia, a la identidad. Como Burke, Scruton no defiende la quietud sino la adaptación, la reforma. En todo caso, ve la abstracción política con enorme sospecha.

Negados para la fantasía utópica, los conservadores del siglo XVIII usaron su inteligencia y su ironía para oponerse a la impecable racionalidad que, a su juicio, rompía el sagrado hilo del tiempo. Burke no atacaba la falta de lógica de los jacobinos sino el exceso de lógica. La nueva izquierda a la que denuncia Roger Scruton en su libro no es ya hija de la *Enciclopedia* sino su enemiga. De ahí que la acusación principal no sea que la fría mecánica de la razón se desentiende de la historia sino que la nobleza de la causa esconde pura charlatanería.

Desde el título el autor advierte que su libro ha de leerse como una provocación: *Tontos, tramposos y agitadores*. En realidad no es un libro nuevo sino la

reedición de un volumen que publicó hace más de treinta años. La osadía provocó un pequeño revuelo en el mundo intelectual británico y terminó con la carrera académica de Scruton. El hombre de derecha era un enemigo intolerable de las causas nobles y no merecía tribuna en una universidad. Hoy Scruton desempolva ese viejo libro y lo pone en circulación quitando algunos capítulos y agregándole apartados sobre Lacan, Badiou y Žižek.

Cada sección se dedica a la demolición de alguna autoridad de izquierda. Historiadores y economistas, psicólogos, juristas y filósofos han entregado su inteligencia a justificar la crueldad como una necesidad de nuestro tiempo; han querido equiparar los problemas de las democracias liberales con los horrores del totalitarismo; han tratado las creaciones de la cultura como un terreno de guerra; han cerrado los ojos a la realidad concreta para perderse en el culto a la Totalidad. Scruton condena esta liga del engaño que tiene, por cierto, un medio de propaganda a su servicio: *The New York Review of Books*. Lo hace con una prosa minuciosa, cáustica y, en no pocos momentos, graciosa. Valdría, tal vez, recuperar como muestra este veneno contra Lacan: “Lacan ha sido descrito por Raymond Tallis como ‘el psiquiatra del infierno’, palabras que con justicia caracterizan la práctica de un psicoanalista que podría ver diez

clientes en una hora, a veces mientras era atendido por su peluquero, su sastre o su pedicurista, y cuya idea de cura era enseñarle a sus pacientes a hablar, pensar y sentir en el mismo lenguaje paranoico de su doctor.” Si algo alimenta mi esperanza en el futuro de la humanidad, agrega Scruton, es que el prestigio de Lacan se disolverá algún día no demasiado lejano para privar a la humanidad de su demencia.

Es cierto que Scruton no deja de ver el talento de estos hombres a los que llama tontos o cosas peores. Hobsbawm fue un extraordinario historiador, Dworkin era un pensador brillante, Sartre escribió pasajes admirables. Hasta el ilegible Habermas llega a tener ideas interesantes (aunque no sea capaz de expresarlas con claridad). Pero, al colocarlos en el mismo club, los confunde, los falsifica. A pesar de la paciencia con que describe los más enredados párrafos de Lacan o de Habermas, simplifica de modo grotesco sus ideas al considerarlos sirvientes de la tiranía totalitaria. ¿Puede realmente pensarse que Galbraith y Badiou forman parte de la misma tertulia genocida? A fin de cuentas puede decirse que el conservador queda contaminado de la beligerancia de quienes



Roger Scruton
**FOOLS,
FRAUDS AND
FIREBRANDS.
THINKERS OF
THE NEW LEFT**
Nueva York,
Bloomsbury,
2015, 304 pp.

critica. Su argumento es que, al pertenecer todos al mismo culto de la igualdad, son cómplices por igual de las peores atrocidades de nuestro tiempo. Toda política con causa igualitaria recibiría idéntica condena. Invocando alguna misteriosa unidad del mal, imagina a la izquierda como una cofradía de peligrosos farsantes. El conservadurismo de Scruton pierde el sentido de moderación que le es consustancial al temperamento burkeano. El conservador que se radicaliza deja de serlo.

Lo más interesante de la diatriba de Scruton es su reflexión sobre el discurso y el lenguaje. No creo que su argumento sea aplicable a todos los escritores que examina pero vale la pena detenerse en él, aunque no sea del todo original. Ha aparecido una neolengua progresista que, a pesar de presentarse como una sucesión de afirmaciones enfáticas y de hablar en nombre de la ciencia es, en realidad, un hechizo: la victoria de las palabras sobre las cosas, la ilusión de que las frases transfiguran la materia. Así como Jrushchov gritó en las Naciones Unidas: “¡Los enterraremos!”, así proceden quienes se asumen con el monopolio de la virtud e invocan el imperio de la historia. —

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ (Ciudad de México, 1965) es ensayista y politólogo. Escribe en *Reforma* y sostiene el blog *Andar y ver*. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

EL GATO VITTORIO *Decur*



AGENDA

SEP TIEM BRE

ARTES VISUALES CASTILLO DEBALL EN SÃO PAULO

El 10 de septiembre dará inicio la edición 32ª de la Bienal de São Paulo. La exposición, curada por Jochen Volz, contará con la obra de la mexicana Mariana Castillo Deball. Estará abierta en el Pabellón Ciccillo Matarazzo hasta el 11 de diciembre.

MÚSICA

Bowie, misterio sin resolver



EMILIO RIVAUD
DELGADO

En 1968, Andy Warhol recibió tres balas que casi lo matan. Sobrevivió y dijo, tiempo después: “Antes de que me dispararan, tenía la

sospecha de que, en lugar de vivir, solo estaba viendo la tele. Desde el disparo, estoy seguro de ello.” Tres años más tarde, David Bowie haría un comentario sobre esta revelación: “Andy Warhol, Silver Screen / Can’t tell them apart at all”, cantaba en alguna parte del genial *Hunky Dory*.

Este episodio le sirve al filósofo Simon Critchley —profesor de la New School of Social Research, autor de libros que abordan temas como el suicidio, el compromiso, la democracia y la obra de Heidegger, y oyente instruido— como punto de partida para *Bowie*, una reunión de ensayos breves en torno a la obra del músico, que apareció en 2014 y este año ha sido publicada por primera vez en español bajo el sello de Sexto Piso.

En parte, el libro es un recuento autobiográfico. El autor asegura por principio que “los episodios que aportan a mi vida alguna estructura vienen con una frecuencia sorprendente de la mano de las letras y la música de David Bowie”. Es también un análisis en el que los grandes temas de la obra de Critchley se cruzan con los de la de Bowie. Especialmente, el tema de la identidad.

ARTES ESCÉNICAS PODER EN DECADENCIA

A partir del clásico de Shakespeare, el director Germán Castillo explora el deterioro de las instituciones actuales en *Lear o la senectud del poder*. Podrá verse, de jueves a domingo, hasta el 30 de septiembre en el teatro El Milagro.

LITERATURA HAY FESTIVAL ESTRENA SEDE

Con la presencia de escritores como Cees Nooteboom, Nérida Piñón y J. M. G. Le Clézio se llevará a cabo el Hay Festival Querétaro del 1º al 4 de septiembre.



Dice Critchley que Bowie aprendió de Warhol que la lección del arte es la inautenticidad, “una serie de repeticiones y de recreaciones, imposturas que desmontan la ilusión de realidad en la que vivimos y nos enfrentan a la realidad de la ilusión”. La lección no es solo un tema recurrente en su música (ya en “Life on Mars?”, por citar un ejemplo conocido, Bowie se revela como guionista de su propia película repetitiva, de la que tal vez se pueda escapar viviendo en otro planeta) sino que, una vez asumida, sirvió de guía para una práctica artística que pondría en el centro y en primer plano la conciencia de su inautenticidad.

Bowie no era la clase de músico que cantaba “desde el corazón”: era meticuloso en sus grabaciones y estudiaba las pistas para dar con el tono y la tesitura de voz que mejor transmitía cierta emoción. Y cubría un amplio espectro: podía sonar a Syd Barrett, a Iggy Pop o a Scott Walker, todo dentro del mismo disco.

La irrupción de Bowie —especialmente desde su encarnación como Ziggy Stardust— en el *mainstream* musical significó una ruptura con la noción de que la música y la persona iban de la mano. Paul era sensible, John rebelde. Mick era arriesgado y sexual, Keith más bien cínico. Si esas personalidades eran verdaderas (y es una asunción que dejaremos pasar sin mayores pruebas), la música que componían era, en consecuencia, auténtica. La disonancia entre ambas habría sido señal de deshonestidad. La inautenticidad sería falsedad.

Podrían leerse las letras de Bowie en clave autobiográfica, como pistas que conducen “a alguna noción auténtica del ‘verdadero’ Bowie: su pasado, sus traumas, sus amores, sus posturas políticas”, admite Critchley, pero advierte: “eso es precisamente lo que tenemos que dejar atrás si pretendemos malinterpretar a Bowie un poco menos”.

Una división tajante entre el ser privado que se llamaba David Jones y la estrella de rock llamada David

Bowie existió hasta el final de sus vidas. Esta división permitió, por ejemplo, que este lanzara un nuevo disco sin que nadie sospechara que aquel agonizaba. Resulta inútil buscar a Jones en la música de Bowie. La autenticidad de esa música, en cambio, es producto de un patrón de habitación, imitación, perfección y destrucción. Según Critchley, “una perfecta imitación de un género conduce también a una sutil elevación de este, y luego Bowie se aburre, lo destruye y pasa a otra cosa”. Bowie se transfiguró en una especie de página en blanco, “una nada fluida e inmensamente creativa que pudiera adoptar caras nuevas, generar ilusiones nuevas y crear formas nuevas”.

La genialidad de Bowie es que nos permite separar la autenticidad —“la maldición de la música de la que debemos curarnos”, según Critchley— de la verdad “sentida, corpórea”, al servicio de la cual está la “construcción ilusoria, radicalmente calculada”, que es su arte.

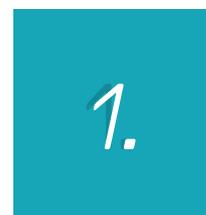
Bowie encontró la autenticidad en la mutación, ofreciendo a quien estuviera escuchando la libertad de las múltiples posibilidades. “Por frágiles y espurias que sean nuestras identidades, nos dejaba (y sigue dejándonos) creer que podemos reinventarnos. De hecho, podemos hacerlo *porque* nuestras identidades son así de frágiles y espurias”, dice Critchley. La alienación, la fragilidad, la decadencia podían servir como estímulo para vivir de otra manera.

En otras noticias, a finales de julio la casa Sotheby’s anunció que subastará cuatrocientas piezas que pertenecieron a Bowie, quien fue también un apasionado coleccionista de arte. Una parte del lote se exhibe actualmente en Londres y ha sido visto por multitudes. Supongo que su atractivo no se limita a las obras de Basquiat, Hirst, Auerbach y Caulfield. Esas son otras pistas para resolver un misterio que, bien pensado, es ocioso resolver: el de quién fue David Bowie. —

EMILIO RIVAUD DELGADO (Ciudad de México, 1978) es editor de contenidos audiovisuales en el sitio web de *Letras Libres*.

INTERNACIONAL

El destino de los refugiados gays en Estambul



PILAR CEBRIÁN

Majed, un joven homosexual de Aleppo (Siria), dejó atrás su país para emigrar a Egipto, después a Líbano y finalmente

a Turquía. Quiso realizar su sueño, el diseño de moda, en un taller de Beirut. Sin mucho éxito, volvió a Aleppo para reencontrarse con su familia, pero los tabúes sociales lo llevaron de vuelta al liberal Estambul. Ahí comenzó a trabajar en una pequeña fábrica como empleado ilegal sesenta horas a la semana. “Hasta que Ali, uno de mis compañeros, me dijo que ganaría más dinero como trabajador sexual —cuenta Majed—. Fue así como empecé a ganarme la vida de prostituto.”

Recuerda esa noche, la primera en la que se acostó con otro hombre por dinero, “como una cita normal, pero con beneficio económico”. “Fue con un tipo iraquí. Yo fui a buscar clientes a la plaza Taksim. Él se acercó. Me preguntó cuánto quería y yo le dije que ciento cincuenta dólares. Él me respondió que pretendía pasar toda la noche conmigo, así que me pagaría cuatrocientos cincuenta.” Majed volvió a casa con un fajo de billetes en el bolsillo. El impago del alquiler, las penurias, los eternos días en la fábrica, el



miedo a volver a recurrir a su familia habían encontrado una solución. Todo parecía demasiado fácil, pensó.

En pocas semanas, Majed dejó su antiguo empleo y ascendió en la amplia escala social estambulita. Se mudó a una casa más grande, más céntrica y rodeada de tiendas de ropa. Cambió a sus antiguos compañeros de piso por el glamur de una transexual que también afrontaba la vida como “señorita de compañía”. Según él, la prostitución es una práctica muy común entre la comunidad siria LGBT en el país. Los refugiados no tienen acceso al mercado laboral, por lo que deben recurrir a empleos en los que los someten al abuso y a la explotación. Aunque el gobierno anunció nuevos permisos el pasado mes de enero, la nueva ley no se ha hecho efectiva. “Y tampoco conseguimos puestos de *illegal* –se que-

ja Majed–. ¿Quién va a contratar a un *trans* o un gay en Turquía?”

2. Es viernes por la noche en la sala Tekyon, uno de los clubes de ambiente más populares de Estambul. La sala está llena. Los más jóvenes invaden poco a poco la pista de baile. La nueva generación de chicos *escort*, integrada por refugiados, se exhibe al ritmo de la música electrónica. Hablan árabe entre ellos, se ríen, se tocan, se mueven efusivamente, desinhibidos. Los más maduros, los espectadores turcos, los contemplan desde la lejanía. “El de la camiseta blanca es un prostituto sirio, tiene diecisiete años”, cuchichea uno de ellos.

Cada fin de semana Majed acude a esta discoteca para encontrar nueva clientela. No recuerda, en su *tour* por los países musulmanes de la región,

una libertad sexual como esta. Ni en el Líbano, ni en Siria, ni mucho menos en Egipto. En algunos países de Medio Oriente, como en los países del Golfo o en Irán, las prácticas homosexuales están penadas con la cárcel o la ejecución. La ciudad más cosmopolita de la región, Estambul, aderezada con dosis de turistas y *expats*, es el refugio ideal para los gays y transexuales musulmanes. Aunque la sociedad turca es conservadora, los LGBT no son perseguidos, pueden fundar organizaciones y existen numerosas clínicas que practican el cambio de sexo. Además, los sirios pueden solicitar la tarjeta de identidad, *kimlik*, que da acceso gratuito a asistencia sanitaria y educación.

Durante el día, algunos LGBT araboparlantes se reúnen en la cafetería Little Dubai, un local multicolor ubicado en la segunda planta de un edificio del centro. “La mayoría de mis clientes son iraquíes, saudíes, turistas del Golfo”, afirma Majed. “Solemos encontrarnos en este tipo de sitios, o a través de internet”, dice Buba, una transexual recién llegada de Beirut. Pero, desde hace meses, Majed se plantea volver a Alá. “No estoy satisfecho con lo que hago –afirma–. Creo que el dinero que gano es *baram* [prohibido].” Y no solo es una cuestión moral, sino su propia seguridad o salud. “Estoy bien... siempre intento utilizar protección, aunque depende ‘de la insistencia del cliente’.”

3. “¿Cuántos de ustedes se han hecho las pruebas de VIH?”, pregunta Serdar, de la asociación turca Vida Positiva, a los catorce jóvenes sirios que han venido a esta reunión de domingo por la tarde. Cinco de ellos levantan tímidamente la mano. Otro pregunta “¿qué es eso?” a uno de sus amigos. La asociación visita a este grupo de refugiados homosexuales árabes para instruirlos sobre el virus del sida, los modos de contagio y para ofrecerles una prueba de sangre gratuita. Cada domingo por la tarde, se reúnen en Té y Charla, una tertulia que organizan para crear una red de apoyo, inter-

cambiar información sobre el permiso de residencia o conocimientos para aprender el nuevo idioma.

Vida Positiva, normalmente centrada en los seropositivos de Turquía, ha decidido lanzar una nueva campaña para los refugiados, “una población en alza”, afirman. “Vienen aquí y tienen relaciones con nosotros —explica Serdar—. Además, muchos de estos chicos no saben ni siquiera lo que es el VIH. Proceden de países con un índice de contagio muy bajo, en los que no hay nada de información.” Mientras el número de contagios en el mundo disminuye, en Turquía aumenta, “por la falta de concienciación”. En 2011 eran 4,600 infectados, en 2015 sumaron 10,475. “Desde que iniciamos la campaña de pruebas gratuitas hace un mes, seis chicos refugiados han dado positivo”, concluye Serdar.

Aunque Turquía ofrece la medicación de antirretrovirales de manera gratuita para aquellos que están registrados (unos fármacos que, en el mercado, pueden costar más de quinientos dólares al mes), el sida se presenta como la otra gran amenaza para los refugiados homosexuales. Sin hábito de usar preservativos, ni medios para recurrir a la red médica, este colectivo es un “foco reciente de contagio”. “Por eso hemos venido —recuerdan en la asociación—, porque el sida en los países de estos chicos es un tema tabú. No saben nada.” “De hecho, si vas al hospital a hacerte la prueba y das positivo —comenta otro de los jóvenes de Té y Charla—, los médicos o las autoridades te dirán que lo merecías, que es un castigo de Alá.”

4. Uno de los organizadores de Té y Charla, Hosam, sabe lo que es recibir un castigo por ser VIH positivo. Un día de noviembre, este sirio residente en Kuwait acudió al banco de sangre para hacer una donación y así ayudar a una amiga que estaba ingresada en el hospital. “A los diez días me llamaron del Ministerio de Salud para realizarme una repetición de la prueba... me dije-

ron que era VIH positivo”, dice Hosam. En ese momento, el expediente se trasladó al Ministerio de Interior y se inició un proceso de deportación. Cualquier extranjero VIH positivo que reside en los países del Consejo de Cooperación del Golfo —Baréin, Kuwait, Omán, Catar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos— es inminentemente deportado. “Te arrestan y te envían esposado al aeropuerto”, afirma.

“Todo ocurrió demasiado rápido —explica Hosam, que, en veinticinco días, fue expulsado en un vuelo a Estambul—. Durante ese periodo estuve en contacto con organizaciones LGBT y descubrí que en Turquía el acceso a la medicación es gratuita.” El primer requisito es obtener una tarjeta de residencia, pero solo se concede a quienes han entrado directamente del “país en guerra”, desde Siria. Por ello, Hosam consiguió una *kimlik* de contrabando. Así, tenía acceso a sanidad gratuita y, tras un chequeo médico, a los caros antirretrovirales. Una vez que estabilizó su salud, decidió colaborar con Vida Positiva para ayudar a los gays, lesbianas, transexuales y bisexuales refugiados que “están perdidos” en Turquía.

Hosam dice que él también está pasando apuros económicos y es víctima del limbo en el que deambulan los refugiados LGBT. La semana anterior inició un trabajo irregular como camarero en un restaurante de las afueras de la ciudad. Pero las jornadas de diez horas, junto a su débil estado de salud, fueron muy duras para él. “Apenas me quedan ahorros —lamenta— y no puedo pedirle ayuda a mi familia”, porque creen que Hosam se mudó a Estambul seducido por un nuevo empleo que no pudo rechazar. “Entiendo que, por la presión, muchos terminen como trabajadores sexuales —dice—, es muy fácil encontrar a alguien que quiera pagar por esto. Es lógico pensar: si tengo sexo todos los días, ¿cuál es la diferencia de hacerlo por dinero?” —

PILAR CEBRIÁN es periodista especializada en el Medio Oriente.



LILIANA
MUÑOZ
entrevista a

ALESSANDRO BARICCO



dolescentes en-
sismados en sus
smartphones du-
rante los reco-
rridos por los
museos, adultos

que interactúan entre sí gracias a juegos de realidad aumentada, *book-tubers* que se proclaman los nuevos críticos literarios, solteros que conocen a sus parejas gracias a Tinder: la línea que separa la civilización de lo que se considera la “barbarie” es cada vez más difusa. Alessandro Baricco ha ensayado sobre estos temas, en libros como *Next. Sobre la globalización y el mundo que viene* (2002) y *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación* (2008). Conversé con él con motivo de su más reciente visita a México, invitado por la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey.

LITERATURA

“ LA OPOSICIÓN ENTRE PROFUNDIDAD Y SUPERFICIALIDAD ES FALSA ”

A lo largo de la historia, el término “bárbaro” ha tenido diversas connotaciones. ¿Cuáles son los atributos que usted confiere a los nuevos bárbaros?

“Bárbaro” es el nombre que la civilización vieja da a los protagonistas de la civilización nueva. El “bárbaro” posee una clase de inteligencia que ha cambiado los puntos de apoyo de la civilización: ha sustituido la profundidad por la superficialidad, la lentitud por la velocidad, la imprecisión útil por la exactitud inútil. No busca las razones en la genealogía histórica; más bien percibe al pasado de una manera lineal y solo le interesa lo que aún está vivo.

En *Los bárbaros* alude constantemente a la dicotomía “profundidad vs. superficialidad”.

La nueva civilización dice que la profundidad no existe. Y esto es fascinante: asegura que la profundidad es un “lugar” inventado por la civilización romántica. Me parece absurdo, pero es muy posible: los griegos de la *Ilíada* no

conocían la noción de profundidad; de alguna manera ni siquiera Dante. El resultado es que, con el paso del tiempo, esta idea de superficialidad se ha vuelto positiva. Antes era casi un insulto: ahora es una virtud. Esta dicotomía, por lo tanto, es falsa. En mi obra intento dirigirme tanto a los bárbaros como a los civilizados; trato de que lo que escribo sea sencillo y profundo al mismo tiempo.

En su libro habla de la “gran mutación”, que ejemplifica con el vino, el fútbol y los libros, tres “aldeas” que han sido saqueadas por los bárbaros. ¿Las relaciones humanas y la educación han sufrido también de ese saqueo?

La escuela, al menos en Europa, es una aldea en donde los bárbaros aún no entran. Los muros a su alrededor son muy altos todavía: los bárbaros llegan hasta ellos, se dan la vuelta y siguen su camino. En este sentido, la educación sigue siendo la fortaleza de la civilización. Ahora, con respecto a las relaciones, esto es muy difi-

cil de explicar: tendría que abordar a la vez múltiples factores: la velocidad, los viajes por la red, YouPorn, Tinder, Facebook, etc. Probablemente aborde con detenimiento este tema cuando escriba *Los bárbaros 2*. Una cosa que sería imprescindible señalar es cómo el humano, el bárbaro, entiende hoy el erotismo: la relación entre erotismo y sentimiento, entre erotismo y realidad virtual. Uno podría decir que nos resulta muy fácil comunicarnos por Tinder o por Facebook, pero que luego, al momento de tener una interacción cara a cara, todo se vuelve muy complejo. Y, sin embargo, hay gente que sí logra traducir lo que vive en Facebook en experiencias reales. De hecho, sin ese primer contacto virtual, quizá nunca habrían podido tener una experiencia verdadera. Lo que quiero decir es que estamos todavía en condiciones de tener encuentros legítimos. En estos momentos, tú y yo estamos teniendo un encuentro auténtico y genuino, y los medios no pueden hacer nada contra ello.

Nietzsche decía que la filología era “el arte de la lectura lenta”. En esta era de la mutación, ¿cómo ha afectado la velocidad al acto de la lectura, es decir, al acto de leer en silencio, de leer con lentitud?

La velocidad ha afectado la lectura al grado de que ahora se leen más libros, pero no se leen completos. Uno de los “talentos” de los bárbaros es que pueden leer cien páginas de Murakami y entender todo lo que tienen que entender. Esto pasa mucho con los autores jóvenes: buscan escribir libros que se adapten a la capacidad de concentración de los mutantes, libros que no requieran ser leídos por entero. ¿Cómo escribir buena literatura en estas circunstancias? Ese es, desde luego, uno de los grandes retos que enfrentan los escritores contemporáneos. —

LILIANA MUÑOZ (Mérida, 1989) es crítica literaria y colaboradora de la revista electrónica *Criticismo*.



LITERATURA

Sylvia Molloy, una escritura a la intemperie

E

MAYA GONZÁLEZ
ROUX

El duelo verbal comenzó enseguida, cuando la mujer irrumpió en la oficina para buscar los libros de Jean Giono. La cólera, evidente en su rostro y sus gestos, no parecían sorprenderlo; seguramente debían formar parte del ritual cotidiano de la revista, juzgó la joven que esperaba sentada, testigo temeroso de esa escena: “Usted me los ha robado y se lo voy a contar a su madre”, lo acusaba Victoria. “¿A quién se le ocurre leer

a Jean Giono?”, le respondió irónicamente Pepe con un gesto cómplice hacia la joven para señalar su presencia: “Pero la señorita...”, insistió él. “Me importa un carajo la señorita”, respondió Victoria golpeando la puerta.

La señorita no es otra que Sylvia Molloy, y los protagonistas del duelo, Victoria Ocampo y José Bianco. El escenario: las oficinas de la célebre revista *Sur* en el barrio de Recoleta, en Buenos Aires, a comienzos de los años 1960. Esta anécdota, que Molloy recuerda en un texto en homenaje a Pepe Bianco, es una imagen expresiva de sus propios comienzos, la escena del mítico grupo

por el que transitaron numerosos escritores y en donde ella colaboró con traducciones y reseñas. Se trata de una participación breve, tangencial, que parece cifrar el devenir de su escritura, tanto la ensayística como la ficción.

Sin lugar a dudas, el umbral de *Sur* signó más que un comienzo porque fue un puente hacia Francia, país en el que vivió varios años. Una temprana investigación sobre Ricardo Güiraldes y Valery Larbaud fue el primer motivo; años más tarde, nuevamente desde Argentina volvió a irse para realizar su tesis doctoral, dirigida por Étiemble, en La Sorbona. Publicada como *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX^{ème} siècle* (1972) [*La difusión de la literatura hispanoamericana en Francia en el siglo XX*], se trata de un “libro pre-histórico”, en palabras de la autora, pero de gran actualidad y, lamentablemente, aún sin traducción al español. Allí, Molloy explora la recepción francesa de las letras hispanoamericanas a partir de las figuras de Darío, Güiraldes y Borges, y traza algunas de las líneas críticas que más tarde fueron confirmadas por la crítica literaria latinoamericana. Algunos años después, los estudiosos borgianos aplaudieron de modo unánime *Las letras de Borges* (1979), en el que leía su obra bajo el prisma del Barthes de *S/Z*. Borges fue una figura tutelar siempre presente en sus escritos.

Entre los muchos libros de Sylvia Molloy, no es exagerado afirmar que *Las letras de Borges*, *Acto de presencia*. *La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* (1996; traducido por la propia Molloy, ya que fue escrito y publicado primero en inglés, en 1991, bajo el título *At face value. Autobiographical writing in Spanish America*) y *En breve cárcel* (1981) señalan momentos claves de su escritura, nuevos caminos a los que regresará o seguirá explorando y que marcaron un punto de inflexión tanto en la crítica latinoamericana como en la ficción homoerótica escrita por mujeres. Y esto se debe fundamentalmente a que, con el libro *Acto de presencia*, Molloy le da una vuelta de tuerca a las

lecturas sobre la autobiografía hispanoamericana, analizando un conjunto de autores de los siglos XIX y XX (Domingo Faustino Sarmiento, Juan Francisco Manzano, Victoria Ocampo, la condesa de Merlin, Miguel Cané, Mariano Picón Salas, Norah Lange, Lucio V. Mansilla y José Vasconcelos) a partir de diversas perspectivas teóricas, principalmente las de Gusdorf, De Man, Foucault y Borges. En este libro, Molloy configura una lectura moderna que desconfía de la veracidad del texto autobiográfico al que interpreta, en cambio, como una construcción del autobiógrafo. Estas ficciones vienen a retratar, en definitiva, una pose del escritor, tema esencial que Molloy analizó en diversos ensayos y que constituye el foco de su más reciente libro de crítica, *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad* (2012).

Hay en Molloy una suerte de máscara, sin que se pueda distinguir con certeza si es la biografía la que enmascara la obra o a la inversa.

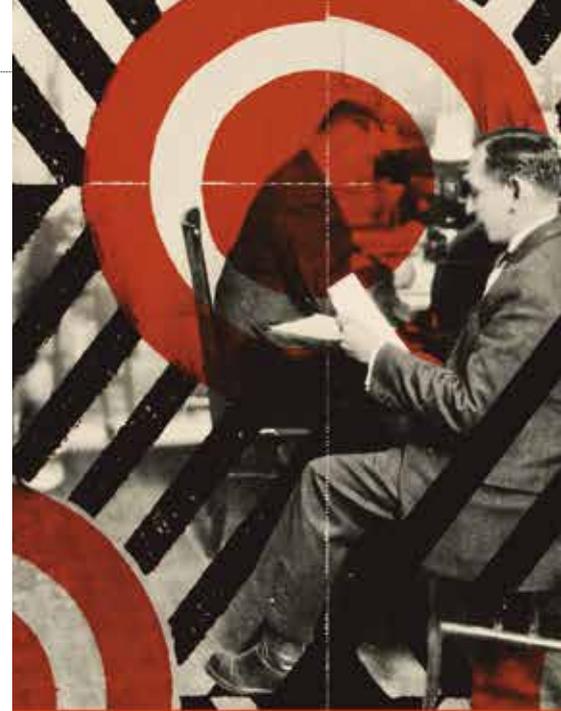
En *breve cárcel*, una historia acerca de un amor lésbico, le dio fuerza a su voz desde la literatura ya que hasta entonces la temática homoerótica había sido abordada de manera soslayada, oblicua, en la narrativa escrita por mujeres. Tal vez por ello fue silenciada en Argentina, donde no solo no se publicó sino que, además, tuvo una circulación muy restringida (sin lugar a dudas, este doble silencio obedeció al contexto político del país, en el que la dictadura militar gobernante no hacía más que hundirlo). La novela, en la que la pregunta constante sobre cómo escribir una experiencia pasada teje un diálogo con el libro *Acto de presencia*, fue recuperada por Ricardo Piglia y nuevamente publicada en 2012. Muchos años más tarde de este comienzo aparece *El común olvido* (2002),

una “ficción del regreso”, género compartido con otros autores argentinos como Alberto Manguel y Edgardo Cozarinsky. Le siguen *Varia imaginación* (2003) y *Desarticulaciones* (2010) y recientemente *Vivir entre lenguas*. Los tres son libros de relatos que forman un tríptico en el cual la forma breve, como retazos de escritura impulsados por el recuerdo y el olvido, o por la deriva del recuerdo, esboza reflexiones sobre la identidad a partir de la lengua, la modulación de la memoria, la experiencia de la escritura y la lectura.

Hay en Molloy una suerte de máscara, sin que se pueda distinguir con certeza si es la biografía la que enmascara la obra o a la inversa. Es decir, los países en los que ha vivido, la lengua y la escritura —el ensayo, la ficción literaria, las reflexiones desde la enseñanza— están íntimamente entrelazados: la Argentina, los recuerdos de infancia y el español que elige para escribir ficción; Francia, la rama materna, el francés que recuperó y del que provienen sus primeros recuerdos literarios (los versos de Racine aprendidos de memoria). Finalmente Estados Unidos, donde reside hace más de treinta años; el inglés del padre, de origen irlandés, lengua que siempre habló y que eligió para sus ensayos sobre la autobiografía hispanoamericana (¿qué mayor gesto autobiográfico?). *Vivir entre lenguas*, su último libro, es una bella imagen de esta máscara en la que la vida traspasa con fuerza la obra a través de la persistente interrogación acerca de la lengua y la memoria. Después de todo, ¿en qué lengua se expresarán los últimos recuerdos de la persona bilingüe?, “¿[ella será] trilingüe o en los desechos que emita primará una lengua sobre las otras?” (“Ecolalias”).

La publicación este año de *Vivir entre lenguas*, en Eterna Cadencia, invita a leer la obra, en conjunto, de una de las grandes voces de la crítica y la narrativa latinoamericanas. —

MAYA GONZÁLEZ ROUX (Lovaina, Bélgica, 1977) es traductora y doctora en estudios hispanoamericanos por la Université Paris 8.



EL INFORME ROJO

William Ryan

“Un autor con gran impulso narrativo, sensibilidad para la ambientación y un protagonista conflictuado, ético y, sobre todo, empático.”

The Times

